

Sosiega su propio cuerpo, contra la esquina. Un fideo. Pero tiene manos de granito. Lo remolcan las muchachas de la calle, de rostros afilados, de pestañas doradas, salpicadas de lluvia. Si ellas dicen que tienen hambre, él las golpea. No tolera rebeliones. El es el general, les dice, y las sigue, prudente, y cuenta los billetes con un dedo empapado en saliva. Traga del aire de ellas. Desentierra de ellas su mirada muy pocas veces: solo cuando duerme. Les dice secretos, o profecías: Si alguna vez necesitas morir, solo tienes que abandonarme. Las persigue puntual. Las espera. Un ojo agazapado, un tabaco negro, un tarareo. La lentitud del tiempo no lo impacienta. Espera. La ciudad es un testigo exhausto. Todas las casas, todas las piedras, muy fastidiadas de verlo pasar desde hace años, con distintos semblantes y vestidos, desde hace más de cuatrocientos años. Una mañana juegan entre cáscaras cuatro niños, brincan en torno a su cabeza ensangrentada: la descubren, desorbitada y perpleja, entre un papel periódico, y gritan y llegan dos policías. Su cuerpo no aparece todavía, pero él sigue allí, en otra calle, en otra esquina, en otra espera, convocando la temible traición de otra de ellas.